

LA HISTORIA DE VENEZUELA

Por RAFAEL MARÍA ROSALES

Muchas y diferentes opiniones se escriben y se dicen acerca de la importancia de la historia y su función de “mantener viva la memoria de los valores que sirven de vértebra al edificio social”, como acertadamente lo expresa uno de los cultores mayores de la historia venezolana o sea Mario Briceño Iragorry. Es porque sin historia no puede concebirse la vida, la influencia, el heroísmo, el drama, la trayectoria, la frustración y la fe de un pueblo, de una nación. De ahí el que la historia —como la educación— sea integralmente básica para el conocimiento de la cultura y de la imagen o, mejor, la identidad del país donde nacemos, así como para el entendimiento del hombre como testimonio social y político, con la confianza de saber vivir en libertad y convivencia; del Estado como ente metodológico de la democracia, defensa y promoción de los derechos humanos, con la proyección honesta de una gerencia eficaz de los bienes y servicios; de la Sociedad como ejemplo de unidad, liberalidad y justicia sin discriminaciones. Ya lo dijo el mismo Briceño Iragorry con la fuerza de una sentencia que no debe olvidarse: “las naciones se forman por la comunidad de valores geográficos, económicos, históricos y morales”. Esto último es lo mayormente fundamental en todos los niveles de la vida, de la geografía y de la historia, especialmente en el tiempo de ahora, cuando estamos a espaldas de la honradez y de la sensatez.

La raíz y la verdad de la historia no pueden interpretarse ni inclinarse con o al interés personal, a la simpatía política o a la conveniencia generacional del historiador. Tampoco a la superficialidad, a la ascendencia de las épocas desequilibradas, a las fallas, vacíos o acomodaticias exégesis. Es decir, no se puede ni se debe escribir la historia con el pensamiento influido por lo fragmentario o por el divorcio con la realidad, pues tal cosa sería arbitraria disposición al dejar como enseñanza lo que, en el justo decir humanístico de nuestro gran escritor Arturo Uslar Pietri, es antihistoria.

El estudio racional de la historia venezolana —como su cabal interpretación— es más que necesario, urgente. El Estado tiene la obligación de mantener tal estudio como materia esencial en los Programas de Educación Primaria y Secundaria. Es porque lo formativo y lo orientador de la Historia de Venezuela es razón valedera de singular influencia “en el proceso evolutivo nacional” para “encariñar la mente y el corazón de los niños y adolescentes con las actuaciones

ejemplarizantes y la obra positiva que supieron realizar en sus respectivas horas de figuración histórica, las personalidades más descollantes de nuestros anales”, como inteligente y patrióticamente lo afirma el desaparecido Profesor Luis Acosta Rodríguez, al referirse a la actitud de especial preocupación de nuestra Academia Nacional de la Historia “por la situación de los estudios de Historia en el país”, en mayo de 1977. Por supuesto que en los estudios de historia debe estar incluido, asimismo, el estudio de nuestros antepasados indígenas, por cuanto éstos tuvieron ejemplos y significación particulares y, por lo mismo, “son los antepasados de la cultura nacional de hoy”, tal como lo expresa justicieramente Miguel Acosta Saignes. Igualmente la historia regional debe estar comprendida dentro de la oficialización de la enseñanza de la historia.

Inexplicablemente el Estado venezolano hizo desaparecer de los programas de instrucción colectiva la materia *Historia de Venezuela* y la incluyó “en el área Estudios Sociales”, cuando la historia es “idea clara de común origen y de común destino, en las conciencias de las nuevas generaciones que frecuentan las aulas”. Esta es la premisa de quienes practican la Ciencia Pedagógica. El documento de la Academia Nacional de la Historia, dirigido al ciudadano Presidente de la República, en el dicho año de 1977, expresa: “en la Educación Primaria y en la Secundaria, a partir de los Programas Oficiales que comenzaron a implantarse progresivamente en 1969 para sustituir los que se habían promulgado en 1955”, y plantea la irregularidad de no enseñar la historia en los Centros de Educación, lo cual debe corregirse de inmediato, pues de otro modo la conciencia nacional es lesionada patriótica y culturalmente. La Academia Nacional de la Historia, así como muy importantes y solventes escritores del país, prosiguieron tratando el tema en referencia a objeto de lograr la inclusión del estudio de la historia en los Programas Oficiales de la educación patria. Es porque la enseñanza de la historia es primordial para afirmar lo valorativo de la identidad nacional. Lógicamente la historia venezolana no puede circunscribirse únicamente al pretérito heroico, sino también al todo procesal del origen, circunstancia y evolución general de los hechos, accidentes y fases de la vida nacional a partir del descubrimiento, sin perder de vista, claro está, la vida laboriosa y heroica de nuestros antepasados indígenas, los cuales son el origen de nuestra identidad, y de los aconteceres de la provincia porque los mismos tienen presencia muy significativa, decidida, en la formación de la nacionalidad.

El interés y la perseverancia de la Academia Nacional de la Historia, la abanderada en el logro de restituir el estudio de la historia en la educación venezolana, como materia indispensable, lo mismo que la preocupación de escritores de valía —Arturo Uslar Pietri a la cabeza— ha dado sus frutos. Es porque ha sido el estudio de la historia patria en los centros educativos del país, aun cuando sin llegar a su total trascendencia venezolanista, por cuanto la identidad es menoscabada al no incluir la obligatoriedad de igualmente enseñar la historia regional, pues ésta, como la nacional, integra el todo en la afirmación de la conciencia y el espíritu de la República diseñada y realizada por Simón Bolívar, con todas y cada una de sus características sociológicas, psicológicas, antropológicas, económicas y culturales. Bien lo escribe Joaquín Gabaldón Márquez al comentar “La historia en

el plano académico y en el pedagógico” cuando dice: “hemos de afirmar que la historia es la materia prima esencial de sociología, como la economía es el motor mismo esencial de la historia, como la antropología constituye la base física del sujeto histórico”. Tal aseveración, dentro del plano de la enseñanza de la historia, tiene por fuerza que llamar la atención oficial en el sentido de incluir el estudio de las regionalidades para la formación culta del venezolano en todos los niveles, pues la provincia constituye dimensión coherente e imprescindible en el global conocimiento de los hechos históricos antes y después de la Independencia, deslastrándolos de “las graves fallas, abusos y errores que se notaban en la forma curiosa y arbitraria de narrar nuestra propia historia”, como lo dijo Arturo Uslar Pietri al incorporarse como Individuo de Número a la Academia Nacional de la Historia. En tales fallas están comprendidas las omisiones en las publicaciones modernas de la historia venezolana, de algunos importantes hechos sucedidos en los pueblos interioranos del país. Tal, por ejemplo, el movimiento comunero tachireño promovido por primera vez al norte de Hispanoamérica, el 29 de julio de 1779, por el gritense Juan José García de Hevia, con su actitud de protesta a los tributos coloniales y al Administrador Subdelegado de la Real Hacienda y establecer lo que hemos llamado el eje La Grita-Tinta-El Socorro, con su valiente frase —luego itinerante— de “Viva el Rey y muera el mal Gobierno”, la cual —no obstante su intención monárquica al mantener la vigencia del Rey, como se quiso hacer también en los albores de la Independencia— alcanza relieve internacional, al pasar en 1780 al trapecio amazónico en la voz y actitud enardecidas del peruano Tupac Amaru, y avivada en 1781, con la revolucionaria disposición de Manuela Beltrán y de José Antonio Galán en El Socorro de la Nueva Granada. Otra omisión es la participación directa y muy significativa del Táchira en la realización de la Campaña Admirable en 1813, cuando Simón Bolívar viene a Venezuela, de la Cartagena indiana, a recuperar la primera República y los pueblos fronterizos tachirenses le aportan quinientos hombres para reforzar su escuálido ejército —debido a las disensiones de Manuel del Castillo y Francisco de Paula Santander—, así como la útil y voluntaria entrega regional en 1820, al estar el Libertador en San Cristóbal —en entradas y salidas de y a El Rosario y otros lugares de Venezuela y la Nueva Granada— desde febrero hasta diciembre, planificando la defensa y proyección de la Gran Colombia, creada el año anterior en Angostura, y la batalla frontal a los realistas y la cual resulta ser en el campo de Carabobo en 1821. También se olvidan otros detalles interesantes como la derrota de Ramón Correa en el campo de Angostura de La Grita, en abril de 1813, y la derrota de Miguel de la Torre, en San Antonio del Táchira en 1819, por Carlos Soubllette.

En consecuencia, la historia de Venezuela no puede continuar descosida por la indiferencia del Estado, al no inducir la responsabilidad y la conciencia de los maestros hacia la enseñanza y explicación idónea del acontecer interiorano. Es necesario compendiarla en textos cuidadosos, ajenos a identificación comprometida, contando como contamos con historiadores brillantes y estudiosos del pasado y del presente en los Estados de la República y, por lo mismo, sus admirables libros ofrecen seria investigación histórica y son más bien manuales de introducción a la “empresa de la cultura”. Igualmente cada región venezolana debe

formalizar sus textos de historia y recomendarlos al Ministerio de Educación para su inspección y adecuación a los Programas de Educación Primaria y Secundaria, sin que pueda perderse de vista la tradición de los acontecimientos aurorales y evolutivos de la verdad regional, con la luz y la señal del destino histórico en la proyección futura, pues así las mentes jóvenes saben entender y asimilar la lección perenne del pretérito y del presente de la nacionalidad.

Varios historiadores de solvencia intelectual han escrito fundamentales libros de historia colonial y moderna en los últimos tiempos, de influyente y notable estilo y con una técnica historiográfica que rescata, actualiza y establece la vigencia y autenticidad de la investigación que, además de historiar serena y ecuanímente, está signada por la filosofía y la pedagogía, con la experiencia dada por la vida. Es precisamente el pedagogo quien tiene la responsabilidad de analizar y de exponer el esfuerzo y el acontecer de la nacionalidad. La orientación cabal de las generaciones en la búsqueda de la verdad a través de la historia, cargada de angustias y de expectativas, en cinco siglos de venezolanidad extraviada y recuperada luego por el milagro bolivariano, es indispensable en la formación de las generaciones, ahora y siempre. Y tan indispensable es la responsabilidad del pedagogo, del maestro normalista, inquirir lo conducente a la identidad nacional con el conocimiento y recta interpretación de la historia, que toda contradicción y toda desviación deben ser evadidas con la orientación hacia la rectitud, la serenidad y la fe en la estructura de una Venezuela salida del cascarón indiano y mestizo, luego de la pesadez conquistadora y colonizadora, a fin de asegurar la lucidez de la conciencia y el sano y liberal uso de la libertad con la Independencia lograda por el sacrificio y la sangre de nuestros Libertadores.

Historiadores que deben consultarse

Historiadores que deben estar presentes y a la mano al estudiar, practicar y enseñar la historia nacional y la regional, porque también esta última es el complemento —el más denso y cierto del alma venezolana— de la cultura integral, y porque tales historiadores han ahondado la conformación del contexto nativo y la divulgación de los aconteceres para darnos la claridad del fundamento de la nacionalidad. Estos historiadores son, entre otros que se nos escapan: Mariano Picón Salas con *Miranda, Páginas de Venezuela, De la Conquista a la Independencia*; Caracciolo Parra Pérez con *Historia de la Primera República, Miranda y la Revolución Francesa*, Mariño; Ambrosio Oropeza con *Historia Orgánica de Venezuela*; Ramón Díaz Sánchez con *Guzmán elipse de una ambición de poder, Paisaje histórico de la cultura venezolana, Evolución social de Venezuela* (hasta 1960); Héctor Parra Márquez con *Francisco Espejo, Historia del Colegio de Abogados de Caracas, Caracas Política, Intelectual y Mundana*; Héctor García Chuecos con *Historia Colonial de Venezuela, Historia de la Cultura de Venezuela desde su descubrimiento hasta 1810, Hacienda Colonial Venezolana y la Capitanía General de Venezuela, Derecho histórico americano*; José Nucete Sardi con *Aventura y tragedia de Don Francisco de Miranda*; Eduardo Blanco con *Venezuela Heroica*; Augusto Mijares con *El Libertador, La interpretación pesimista de la socio-*

logía Hispanoamericana, Libertad y justicia social en el pensamiento de don Fermín Toro, La Evolución política de Venezuela (1810-1960); Eloy G. González con Ensenadas de la Historia, Al margen de la Epopeya, Dentro de la Cusiata, Historia de Venezuela; Mario Briceño Iragorry con Casa León y su tiempo, El Regente Heredia o la Piedad Heroica, El Caballo de Ledesma, Introducción y defensa de nuestra Historia; Julio C. Salas con Tierra Firme, Civilización y Barbarie y sus obras inéditas —de varios volúmenes— en poder de la Universidad de Los Andes; Rufino Blanco Fombona con El Conquistador español del siglo XVI, Bolívar y la guerra a muerte; Ramón J. Velásquez con La Caída del liberalismo amarillo, Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez, Los Héroes y la Historia; Miguel Acosta Saignes con Estudios de etnología antigua de Venezuela; Tulio Febres Cordero con sus obras completas; Lisandro Alvarado con sus obras completas; Enrique Bernardo Núñez con Una ojeada al mapa de Venezuela, El hombre de la Levita Gris, Cubagua, Dos Pablos en América, La Ciudad de los techos rojos; Luis Alberto Sucre con Gobernadores y Capitanes Generales de Venezuela; Hermano Nectario María con sus obras completas y más de 300.000 fichas de documentos sobre Venezuela encontrados en el Archivo General de Indias (Sevilla) y otros Archivos españoles; José Santiago Rodríguez con Contribución al estudio de la Guerra Federal en Venezuela; Varios autores con Historia de la cultura en Venezuela (ciclo de conferencias organizado en 1955 por la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV cuando fue Decano Horacio Cárdenas); Carlos Felice Cardot con Décadas de una cultura, Rebeliones, motines y movimientos de masas en el siglo XVIII, Venezolanos de ayer y de hoy; Francisco Tamayo con Camino para ir a Venezuela; Pablo Ojer con La Formación del oriente venezolano y sus dos libros sobre límites de Venezuela con Colombia; Mario Briceño Perozo con Mirandonianas, El Diablo Briceño, Frases que han hecho historia en Venezuela, Los Infidentes del Táchira, Trazos de Historia Falconiana, El Contador Limonta, Historia Bolivariana, Cruz Carrillo, El Bolívar que llevamos por dentro, General José Antonio Anzoátegui, Historia del Estado Trujillo, General en Jefe Carlos Soublette (la obra de este historiador pasa de los cien títulos); Juan Vicente González con José Félix Ribas; José Antonio Cova con El Superhombre, Sucre Ciudadano de América, Ensayos de Crítica e Historia, Glosas del Diario de Bucaramanga, Efemérides nacionales; Cardenal José Humberto Quintero con sus obras completas; Aristides Rojas con Estudios Históricos Orígenes Venezolanos, Leyendas Históricas de Venezuela; Pedro Manuel Arcaya con La Insurrección de los negros de la serranía de Coro y otros estudios históricos. R. D. Silva Uzcátegui con Enciclopedia Larense; Lucas Guillermo Castillo Lara con sus obras completas; Tomás Polanco Alcántara con El General de tres soles, Gil Fortoul: una luz en la sombra; Tulio Chiossone con Historia del Estado Táchira y sus estudios histórico-jurídicos; Juan Besson con Historia del Estado Zulia; José Antonio de Armas Chitty con Estudios de Caracas y del interior venezolano; Eleazar López Contreras con Bolívar Conductor de Tropas, El pensamiento de Bolívar Libertador, Temas de Historia Bolivariana; F. González Guinán con Historia Contemporánea de Venezuela; Vicente Dávila con Comuneros de Mérida, Próceres Merideños; Gonzalo Picón Febres con sus obras completas; Luis Augusto Núñez con Génesis y evolución de la cultura en Carabobo; etc. Exis-

ten dos colosos de la historia y de la literatura dedicados a tiempo completo a la búsqueda del pasado venezolano con el logro de grandes cosas, lo cual Venezuela reconoce y todo investigador está obligado a consultar. Son Pedro Grases y Manuel Pérez Vila. También la Geografía, que es como recorrer los caminos patrios y señalar y dar a conocer luego sus características y las bellezas y los contrastes del paisaje, tiene cultores inmejorables. Agustín Codazzi y un equipo venezolano de valía con Pablo Vila, lo comprueban.

Los historiadores antes nombrados y otros, con fundamentales obras de historia, son una garantía para los educadores que desean profundizar la verdad de la historia nacional con el propósito de integrarla e interpretarla como revaluación del pasado y elevarla al conocimiento de los estudiantes. Por eso deben solidificar su cultura con la devoción al estudio y la responsabilidad de hacer digno el honoroso título de maestro. "Ojalá que con talento, veracidad y agudeza, los venezolanos logren convertir siempre en Historia lo que a veces sólo intuimos como brumosa Mitología", como lo sentenció el humanista Mariano Picón Salas.

La tarea de la Academia Nacional de la Historia

La Academia Nacional de la Historia realiza una extraordinaria obra de divulgación, cuya trascendencia muestra el conocimiento definitivo de la imagen de la patria en forma convincente y admirable, con varias Colecciones. La primera la inicia con los Textos Oficiales de la Primera República, en la ocasión del sesquicentenario de la Independencia. Luego la continúa con la llamada Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, la cual debe llegar a los doscientos volúmenes. Posteriormente inicia la Colección Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela y, asimismo, la serie Estudios, Monografías y Ensayos. También lleva a cabo la publicación muy útil y popular de El Libro Menor. Esta Colección pasa ya de los cien volúmenes.

En tan valiosísimo material historiográfico el pueblo venezolano tiene a la mano la oportunidad de conocer y de estudiar la historia de nuestro país en las fuentes claras, serias y reveladoras de la autenticidad nacional. La unidad de criterio historiográfico, con sentido de conciencia venezolanista, reúne en tales Colecciones a los investigadores mayormente calificados en el examen del acontecer pretérito y presente de la venezolanidad. Por eso la historia nacional, como la regional, logran penetrar al clima, al ámbito y a la identidad de la "Venezuela posible", la misma pregonada con tanta devoción y altura por el esclarecido cultor de la historia, de la cultura y del valor intrínseco de lo "afirmativo venezolano", Arturo Uslar Pietri, el caraqueño universal que mantiene lo permanente de la grandeza y del mérito de otros tres caraqueños inmensos e inmersos en la inmortalidad y el recuerdo dignificador: SIMÓN BOLÍVAR, ANDRÉS BELLO y SIMÓN RODRÍGUEZ.

Es encomiable y admirable la tarea adelantada por nuestra Academia Nacional de la Historia "Para salvar la perdurabilidad de la tradición que nos dé fisonomía entre los peligrosos resplandores de la nueva cultura petrolera", y por lo

cual “debemos realizar una obra extraordinaria de reparación cívica” o sea, justamente, lo que hace nuestra Academia, pues sus Colecciones determinan una información muy clara del proceso colonial y republicano, estimulada por el Estado al acordar éste la publicación de libros relativos a la época del 19 de abril de 1810 y del 5 de julio de 1811, cuando se celebra el sesquicentenario de ambos acontecimientos, tal como lo expresa el Decreto 265 de fecha 18 de julio de 1958. Estas Colecciones académicas son un ejemplo singular para Hispanoamérica, por cuanto con las mismas —como lo dice el Dr. Cristóbal L. Mendoza en el primer volumen de 1959— la Academia Nacional de la Historia de Venezuela contribuye “al más amplio conocimiento del pensamiento filosófico y político de los ideólogos de la Revolución de Caracas” y, por supuesto, a la realidad de la evolución y de la involución del proceso colonial —y lógicamente del republicano—, con sus secuelas y consecuencias favorables o desfavorables en el crear de la nacionalidad.

También para conocer la historia venezolana en la misma raíz de la revolución americana, en la misma influencia sociológica, psicológica, política y sobre todo en la vigencia histórica del heroísmo de la Venezuela itinerante, debemos mencionar los innumerables textos escritos sobre el Libertador SIMÓN BOLÍVAR, especialmente la Colección Bicentenario de su nacimiento editada por la Presidencia de la República, en 1983, la cual tuvo la gestión directa de selección y ejecución del escritor e historiador Rafael Ramón Castellanos, para “dejarnos llevar por la Historia como por las aguas plácidas y adormecedoras de un inmenso río lento”, en el culto decir de Mariano Picón Salas, luego del agotador cansancio de los caminos, del estruendo de los cañones, la incansable acometida de las bayonetas mestizas y el clamor de las voces que sembraron la solidez de la Independencia, con la venezolanización de la gloria y de la angustia americanas.

La crisis escolar

Se habla de una crisis en los programas escolares, porque los mismos dependen de la crisis política y moral paralizadora de la confianza del país, porque el Estado y la Sociedad se contradicen y se enlodan al no saber encauzar las reiteradas y antagónicas reformas a la educación venezolana, la cual no logra fijar —según los entendidos— una filosofía propia, venezolana y venezolanista, porque al revisarla para su modernización no se adecúa a la particularidad criolla ni al espíritu de la autenticidad sociohistórica, es decir, a evitar los continuos problemas de esa educación confundida y sin alcanzar el deseo de la originalidad y de la realidad de un pueblo en la búsqueda de su mejor y más culto destino, pues todo se induce a la función partidista, al interés ideológico, por el divorcio con la sensatez y con la identidad del espíritu bolivariano —en su misma naturaleza democrática y republicana—, porque solamente priva la improvisación con el agravante simiesco de la imitación. ¿No influirá en tal empeño desorientado y desorientador el subdesarrollo? Esta y no otra cosa puede ser la falla y el tormento en los programas escolares o sea —como lo dice el educador y poeta Pedro Pablo Paredes— que “La escuela, en cualesquiera de sus niveles, está derrotada”. En

consecuencia, el educador no puede ser, en ningún instante, un simple comunicador de la historia comprometida sino de la interpretada, sentida, escrita, al calor del estudio y de la promovida y defendida por la integridad nacional. Ramón J. Velásquez dice que la Historia de Venezuela debe estudiarse y vincularse estrechamente al desarrollo y el futuro nacional. Nada más lógico y cuerdo. Por eso Guillermo Morón aduce en la introducción de su Historia de Venezuela, que no sólo escribe la Historia política sino “la historia del pueblo, en su complejo contexto general”. Y éste, el pueblo, es quien más necesita conocer y percibir la importancia de la Historia Patria en su proceso evolutivo y sincerado con la realidad geográfica y humana, es decir, en todas y cada una de sus etapas dramáticas, angustiosas, opacas y luminosas para templar su alma al defender la soberanía con la seguridad histórica y jurídica de los límites venezolanos cada vez más menguados, y así alcanzar su formal cultura de venezolano disciplinado, vigilante y decidido a la hora de actuar en defensa de la integridad nacional.

La Historia venezolana —con sentido de universalidad— debe seguir escribiéndose por los doctos, desprejuiciados y ecuanímenes. Hay mucho por conocer, por estudiar, analizar y enseñar. Si el maestro identifica su responsabilidad con la eficacia del patriotismo, si el político asume su función de dirigente deslastrado de compromisos partidaristas y demagógicos, si el Estado y la Sociedad conforman el método del entendimiento y la convivencia en la búsqueda de las soluciones, las crisis no someterán al país a las depresiones ni a las denigrantes situaciones que la Historia recoge para las descalificaciones inmediatas y futuras.

Historiadores coloniales de Venezuela

En la Colección de la Biblioteca Popular Venezolana, tan olvidada y desconocida por muchos —ahora en vías de reeditarse—, publica el Dr. Joaquín Gabaldón Márquez su interesante libro “Muestrario de Historiadores Coloniales de Venezuela”. En el mismo encontramos, en sus diecisiete Capítulos, una excelente información muy ilustrativa sobre algunos personajes que, al hacer su propia historia y el repunte de la venezolana, nos ponen cerca de la raíz de la nacionalidad al descubrir y aproximarse al hombre y a la realidad geográfica de lo que el mismo descubridor intuye desde Trinidad como la “Tierra de Gracia”, o sea la tierra firme en la perspectiva del catalejo emocional con la azul lejanía de las montañas, el relente rumoroso de los ríos y la sugestiva policromía de los valles. El libro de Gabaldón Márquez está destinado a la cultura popular venezolana, como lo expresa él mismo en la introducción del itinerario de sus reflexiones, las cuales surgen de su talento de investigador.

Inicia el fascinante viaje retrospectivo de su Muestrario con la Real Cédula del Rey español, fechada en San Lorenzo el día 16 de agosto de 1572, por medio de la cual dispone se escriba la Historia de Indias. Ninguna información concreta conocemos para saber si se escribió o no tan atrayente y necesaria historia. Es nuestro fraternal amigo el historiador Monseñor Mario Germán Romero quien nos hace conocer algunos apartes del Capítulo IV de “La Crónica Oficial”

de Francisco Esteve Barba, en su "Historiografía indiana", Madrid, 1964. A manera de ilustración tomamos lo siguiente: "En 24 de septiembre de 1571 se publicaban, como consecuencia de la visita, unas Ordenanzas reales, entre las que nos interesan, sobre todo, la tercera. "Porque ninguna cosa puede ser entendida ni tratada como debe. cuyo sujeto no fuere primero sabido de las personas que della hobieren de conocer y determinar", se ordenaba "tener siempre hecha la descripción y averiguación cumplida y cierta de todas las cosas del Estado de las Indias, así de la tierra como de la mar, naturales y morales, perpetuas y temporales, eclesiásticas y seglares, pasadas y presentes y que por tiempo serán, sobre que puede caer gobernación y disposición de Ley, y según la orden y forma del *título de las descripciones*, haciéndolas executar continuamente con mucha diligencia y cuidado".

"Este *título de las descripciones*, que no ha llegado a nosotros, era, sin duda, una disposición legal con instrucciones concretas para hacer conforme a ellas las descripciones histórico-geográficas, y desde luego daba normas al escribano de cámara de gobernación para asentar en el Libro de las Descripciones que tenía a su cargo cuanto se fuera recibiendo de nuevo (Ordenanza 75). Al mismo tiempo, dicho escribano debía facilitar al cronista cosmógrafo todo lo que viniera de las Indias tocante a historia o cosmografía "para que lo ordene, ponga en forma, corrija y verifique las tablas de dicho libro". Estas disposiciones contenían, pues, en germen, un centro de investigaciones científicas relativas a América o, más concretamente, si tenemos en cuenta las obligaciones que se imponían al Cronista cosmógrafo, un plan para escribir una vasta enciclopedia americana referidas a la geografía, a la historia, la etnografía y la historia natural del "Nuevo Mundo". No podía ser más amplia la obligación del referido Cronista Cosmógrafo en las Indias.

"Por su parte, el cosmógrafo cronista debe recoger los testimonios verdaderos, asentar la exactitud histórica y colaborar por este medio en el mejor régimen de los lejanos países. Fallecido Alonso de Santa Cruz en 1572 y vacante por consiguiente el cargo de cosmógrafo, Felipe II lo acumuló al de cronista en la persona de Juan López de Velasco".

López de Velasco cumplió su cometido hasta morir y se comprobó su preocupación por el buen desempeño de su cargo de cosmógrafo-cronista por el cuestionario enviado por él a las autoridades coloniales que, en lo escrito por Esteve Barba, debían recopilar datos y enviarlos a España conforme a la disposición real. Refiere Esteve Barba que le fue ordenado al antecesor de Velasco, Alonso de Santa Cruz, "conservar dos obras de Bartolomé de las Casas: la *Historia General de las Indias* y el *De Thesauris*. Papeles particulares, como los de Cieza de León, pasaron por unas u otras causas a sus manos".

La crónica oficial de las Indias es consecuencia de la polémica entre Bartolomé de las Casas y Sepúlveda. Por lo mismo toma interés la Corona española en conocer la geografía y la historia de las Indias. Lamentablemente no sabemos si la Real Cédula de 1572 tuvo efecto positivo. Anotamos lo anteriormente expuesto a título referencial.

El mismo acucioso historiador Gabaldón Márquez incluye en su citado libro "Muestrario de Historiadores Coloniales de Venezuela", el Acta del Cabildo de Caracas, de fecha 26 de noviembre de 1593, por medio de la cual se conoce que habiendo en la ciudad de Santiago de León un soldado-poeta de apellido Ulloa, se encargue a éste de escribir la crónica e historia de la conquista de la provincia de Caracas. Efectivamente el nombrado Ulloa escribió, en verso, lo encomendado por el Gobernador Don Diego Osorio y lo solicitado en el acuerdo municipal. Esta crónica e historia —como lo escribió Gabaldón— la tuvo en sus manos, según el historiador Arístides Rojas —el cual conoció dos hojas en 1816—, José de Oviedo y Baños. El mismo historiador Arístides Rojas en nota de su interesante libro "Estudios Históricos" nos informa que Oviedo y Baños tomó del trabajo de Ulloa "cuanto se refiere a los episodios de la gran conquista, así como de los cronistas Castellanos y Fray Simón, todo cuanto se refiere a la historia de los pueblos al Occidente de Caracas". Y más adelante agrega Rojas: "Es de sentirse que el trabajo de Ulloa, en el cual tomaron parte los actores principales como Riveros, Infante, Becerril, González de Silva, etc., etc., se haya perdido por completo".

El Capítulo Primero del "Muestrario" de Gabaldón Márquez es la Carta del Almirante Cristóbal Colón, en su tercer viaje, a los Reyes Católicos en el año de 1498, en la cual el descubridor deja escrito el comienzo "de nuestra historia primitiva, levantada con aquella magnificencia —mezcla de ingenuidad bíblica y de espíritu político, que caracteriza al estilo del insigne navegante". Precisamente en el estilo y la redacción de esta Carta del Almirante puede observarse el dominio del idioma castellano, pues hasta con galanura usa arcaísmos para explicar su admiración por la tierra venezolana captada en el duermevela de la distancia, y esto nos inclina a recordar la hipótesis sustentada por el Hermano Nectario María —por muchos años investigador en los Archivos de la Península, especialmente en el de Indias de Sevilla, como Agregado Cultural para asuntos de Historia en nuestra Embajada de Venezuela en España—, el cual el 5 de julio de 1978, presentado por quien esto escribe como Ministro Consejero para asuntos Culturales, en el Centro Iberoamericano de Cooperación, en la ciudad de Madrid, de que Cristóbal Colón había nacido en España y no en Italia como se viene hablando desde hace siglos.

En todo caso la Carta colombina resume "la historia espiritual del Almirante, frente a su gran aventura". Corresponde a los estudiosos de la historia, a los investigadores y analistas del pasado, examinar cuidadosamente la hipótesis del Hermano Nectario María, quien aportó razonamientos basados en documentación que da pie para sostener su hipótesis y sacar conclusiones sobre la sugerida verdad acerca de la nacionalidad real del extraordinario navegante y descubridor.

Los 16 Capítulos restantes del invaluable libro del historiador Joaquín Gabaldón Márquez, son el resumen de la historia hecha y escrita por dieciséis personajes que, algunos sin proponérselo, nos dejaron la huella y el valor de lo acontecido durante las épocas de la mezcla del indianismo con el hispanismo y el asomo de un modo de vivir diferente, como material de primera mano para la obligada consulta histórica. Tales personajes son: Cristóbal Colón, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Fray Bartolomé de Las Casas, Pedro Mártir de An-

gloría, Girolano o Jerónimo Benzoni, Francisco López de Gómara o Gomara, Sir Walter Raleigh, Antonio de Herrera, Juan de Castellanos, Nicolás de Federman, Fray Pedro de Aguado, Fray Pedro Simón, José de Oviedo y Baños, el Padre Lucas Fernández de Piedrahita, Fray Jacinto de Carvajal, el Padre Matías Ruiz Blanco, el Padre Filippo Salvatore Gili, el Padre Juan Rivero, el Padre José Gumilla, Joseph Luis de Cisneros, Dr. Joseph de Terrero, Fray Antonio Caulín, Fray Ramón Bueno, Andrés Bello, Alejandro de Humboldt, Francisco Depons o de Pons y J. J. Dauxion-Lavaysse. Cada uno de estos narradores e historiadores, con su estilo y con su influencia en la cultura americana —como el caso de Andrés Bello en su resumen historiográfico, su Gramática y su insuperable vida de escritor, poeta y catedrático permanente— son actualizados por Gabaldón Márquez para el aprendizaje venezolano. Por consiguiente, deben estar presentes en la responsable metodología y aplicación de los maestros y de los estudiantes honrados, perseverantes y juiciosos, al dedicarse con sapiencia y honestidad a conocer la autenticidad de la patria y la razón de su destino.

La descripción de Cisneros

Debemos mencionar el libro escrito por Joseph Luis de Cisneros, el cual no es propiamente una historia sino, como lo titula su autor, una “Descripción exacta de la Provincia de Benezuela” en su aspecto —podríamos decir— económico y preferentemente inclinado al señalamiento de la flora y de la fauna. Se trata de un libro raro y discutido por el lugar donde fue editado, publicado en MDCCLXIV, como aparece en la primera edición de 1764, en Valencia. Aquí surge la discusión bibliográfica, pues no se podía establecer si se trataba de la Valencia venezolana o de la española. La segunda edición de 1912, la cual poseemos en nuestra Biblioteca, es hecha en Madrid por la “Librería General de Victoriano Suárez”, en la Colección de Libros Raros y Curiosos que tratan de América, con prólogo de Manuel Serrano y Sanz.

Joseph Luis de Cisneros, nacido probablemente en Caracas “hacia los años 1710 a 1715”, fue un viajante comercial que compraba y vendía géneros y que, por lo que ha podido deducirse, trabajaba para la Real Compañía Guipuzcoana. El libro describe los frutos producidos en la Provincia cuyos límites, según el mismo Cisneros, son: “por la parte del Naciente con la Provincia de Cumaná o Nueva Andalucía: Por la del Poniente, con la Governación de Maracaybo, ó Nuevo Reyno de Granada: por la Mediodía, con el Gran Río Orinoco: Y por la del Septentrión, con el Mar de el Norte”.

Describe las once principales ciudades provinciales y sus seis Villas. En cada una se detiene a destacar, como decimos antes, la flora y la fauna de cada una de ellas y de sus alrededores, y otras características urbanas y rurales, o sea que a los especializados en ciencias naturales ofrece una información útil y valiosísima.

Este interesante y raro libro constituye “El primer problema bibliográfico venezolano”, como muy bien lo explica el notable intelectual y bibliógrafo Pedro

Grases, quien en un enjundioso estudio sobre este caso, publicado en el número 60 de la Revista Nacional de Cultura, en 1947, llega a la conclusión muy confiable de ser en la ciudad vasca de San Sebastián, donde se editó el libro de Cisneros. Al efecto escribe Grases: "Según entiendo, la Descripción exacta de la provincia de Benezuela" no ha sido impresa en ninguna Valencia, ni de España ni de Tierra Firme, sino en San Sebastián, sede de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, en la imprenta de Lorenzo Riesgo y Montero, impresor oficial de la Provincia de Guipúzcoa, de la ciudad de San Sebastián y de la referida Compañía Guipuzcoana".

En otro aparte de su ponderado estudio, afirma Grases: "Sintiéndome ya en buen pie, he proseguido en la averiguación de la vida de esta imprenta hasta dar con ejemplares impresos por Lorenzo Riesgo y Montero, en 1765, en cuyo pie de imprenta figura asimismo como *"Impresor de la M. N. y M. L. Provincia, de dicha ciudad (San Sebastián) y de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas.* Con ello quedaba desbrozado el camino para localizar la impresión de Cisneros".

A título referencial dejamos constancia en este breve comentario acerca del libro de Cisneros, escrito con la ortografía de la época y con la grafía B que es vasca, con el propósito de enseñar lo que consideramos importante en la recomendación que hacemos a educadores, estudiantes y amigos de la historia, o sea: la necesidad de ahondar en el estudio sociológico, sicológico, político, geográfico, económico e histórico de la vida venezolana, a través de sus diferentes etapas, a fin de conocer y entender, en su valor intrínseco, la verdad de la identidad nacional.

La Historia de Fray Pedro de Aguado

Nos referimos muy sucintamente, desde luego, a las obras fundamentales de la Historia de Venezuela, simplemente al asomarnos con sincera preocupación a la responsabilidad que tienen los maestros y los estudiantes por cimentar la educación en las fuentes de la pureza historiográfica, ahora cuando vuelve a establecerse el estudio de la historia patria en escuelas y centros de educación. Estas obras son: "Recopilación Historial de Venezuela" de Fray Pedro de Aguado, "Noticias Historiales de Venezuela" de Fray Pedro Simón, "Elegías de Varones Ilustres de Indias" de Juan de Castellanos e "Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela" de José de Oviedo y Baños. No hay duda en afirmar, sin embargo, que tanto Aguado como Simón son los primeros cronistas o historiadores de Venezuela y la Nueva Granada, por cuanto sus obras no son otra cosa que la fuente esencial para el conocimiento básico de la Historia Colonial colombo-venezolana, sin que pueda negarse la importancia de la Historia en verso de Juan de Castellanos y la de Oviedo y Baños. Debe hacerse conocer, como las principales antes anotadas, en escuelas, colegios y liceos.

La famosa Historia de Fray Pedro de Aguado, quien nació en Valdemoro, cerca de Madrid, hacia 1513, lo cual "Es problemático aceptar", como lo dice el historiador Guillermo Morón, duró siglos sin publicarse, aun cuando sus originales

nutrieron a otros historiadores, que los conocieron inéditos, y tuvieron la suerte de hacer conocer antes que él sus trabajos historiográficos, como Fray Pedro Simón, Juan de Castellanos —cuya obra tuvo sus aventuras y su primera parte fue publicada en Madrid, en 1589— y José de Oviedo y Baños, por ejemplo.

La “Recopilación Historial de Venezuela” es el testimonio de su empeño fascinante en escribir lo que Guillermo Morón llama la nueva historia. Su autor el Padre Pedro de Aguado debió concluir la historia de la Nueva Granada en 1575 y la de Venezuela en 1581. La primera edición de lo referente a la Historia de Santa Marta, es hecha en Bogotá en 1906. Puede observarse, entonces, que una parte de su obra puede conocerse a más de tres siglos de su escritura. Hizo esta publicación la Academia Colombiana de Historia.

La segunda edición, sobre Venezuela, es realizada por disposición del General Juan Vicente Gómez, en Caracas, bajo la dirección de la Academia Nacional de la Historia, y copiada del manuscrito existente en la Real Academia de la Historia de Madrid.

La tercera la hace la Real Academia de la Historia de Madrid, en 1917, probablemente al tomar el contenido de lo publicado en 1906 en Bogotá.

La edición de 1930, la cual tenemos en nuestra Biblioteca, prologada por Jerónimo Bécker, Individuo de Número de la Real Academia de la Historia, se imprime en dos tomos la Historia de Venezuela, en Madrid, Imprenta y Editorial Maestre.

La Editorial Espasa-Calpe, S. A. realiza la quinta edición en tres tomos, en 1930-31, y comprende la Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada.

Por sexta vez Parra León Hermanos, en *Analectas de Historia Patria*, editan en Caracas, la parte referente a las fundaciones de Mérida y San Cristóbal.

En 1950 la Real Academia de la Historia reimprime la edición de Jerónimo de Bécker.

La octava edición completa (en cuatro volúmenes) de “Recopilación Historial” es incorporada a la Biblioteca de la Presidencia de Colombia, en 1956, “Con introducción, notas y comentarios” del Historiador colombo-alemán Juan Friede y es editada por “La Empresa Nacional de Publicaciones”.

Nuestra Academia Nacional de la Historia, en 1963, incorpora a su Biblioteca y en la Colección “Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela”, la atractiva “Recopilación Historial de Venezuela” (dos tomos), con un excelente Estudio Preliminar del actual Director de dicha Academia, Dr. Guillermo Morón, quien ha estudiado con dedicación al inteligente franciscano Fray Pedro de Aguado. Morón es quien hace —ya lo dijimos— la mejor interpretación de esta célebre obra del Padre Aguado, cuya producción intelectual sucede como con la plástica del universal Greco, al requerirse tres siglos para rescatarla y editarla, tanto en España como en América, con la resonancia historiográfica que merece su validez y su influencia permanentes, por ser la mejor historia colonial de Venezuela y la Nueva Granada.

La Historia de Fray Pedro Simón

La obra de Fray Pedro Simón, quien nace en San Lorenzo de la Parrilla hacia 1574, no obstante el drama del proceso de su publicación, tiene mejor suerte que la de Fray Pedro de Aguado, porque sus dos primeras partes pueden ser editadas en 1627, al remitirla de Tunja —donde era cura Beneficiado— a Madrid, sin esperar la terminación de su obra completa. Las partes restantes inéditas por no ser enviadas a España, se intentaron publicar “a principios del siglo XVII”, como lo dice el historiador Demetrio Ramos Pérez, quien hace un estudio pormenorizado y enjundioso en la edición de “Noticias Historiales de Venezuela”, incluida en la Colección “Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela”, en 1963, de nuestra Academia Nacional de la Historia.

La Historia simoniana anda y desanda en Bibliotecas —como en la Nacional de Madrid y del Congreso de Washington—; Librerías —como la del Convento de San Francisco en Santa Fe, en 1785—; Colecciones —como la de Juan Bautista Muñoz—; Manuscritos y Comunicaciones —como la enviada por Raimundo Rivas a la Academia Colombiana de Historia—, hasta la nueva publicación en España, en 1819, de los textos inéditos “con lo que se inició esa cadena de ediciones fragmentarias que salpican a lo largo del siglo XIX”. El redescubrimiento de Fray Pedro Simón corresponde a la publicación madrileña titulada *Continuación del Almacén de Frutos Literarios*, semanario de obras inéditas, ya de larga y complicada trayectoria” N° 25 del 25 de enero de 1819, tal como lo informa el ya nombrado historiador Ramos Pérez, en su erudito Estudio.

Otras publicaciones incompletas se llevan a cabo de esta obra, con tantas andanzas, pues pareciese la misma ceñirse a un estigma de mala suerte. En 1861 William Bollert traduce al inglés la VI noticia de la primera parte, publicada en Londres. En 1882 Medardo Rivas en su imprenta de Bogotá la edita completa, modernizando la ortografía, lo cual trae como consecuencia erratas. Otras ediciones se hacen fragmentadas, como la de Lima en 1942, con la “sexta noticia de la primera parte”.

En Bogotá sale otra edición completa publicada por el Ministerio de Educación Nacional de Colombia, en nueve volúmenes, bajo la dirección del académico escritor Manuel José Forero, en 1953, la cual cubre “el vacío de la de Rivas”.

La Historia de Fray Pedro Simón fue discutida y adversada. El primer impugnador de Simón —lo dice Ramos Pérez— es el Obispo-historiador Dr. Lucas Fernández de Piedrahita, quien escribió “Noticia Historial de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada”, editado en 1668 en Amberes, “ganoso de contradecirla con referencias que tendían a desvalorizar el contenido de su obra”. También lo adversa el valioso intelectual Caracciolo Parra León “al estudiar el problema de la población de Mérida y San Cristóbal, basándose en la comparación de lo que se deducía de las fuentes documentales, especialmente de la causa seguida a Juan Rodríguez Suárez, con los que escribieron Aguado y Simón en sus respectivas obras”.

El muy conocido José María Vergara y Vergara deja una justa evaluación sobre la Historia de Fray Pedro Simón, al decir: "El padre Simón, español, escribió para los granadinos —y para los venezolanos, agregamos nosotros—; el señor Piedrahita, granadino, escribió para los españoles con el objeto de hacerles conocer su patria". Se deduce la intención de Vergara y Vergara acerca de la importancia de la obra simoniana para los neogranadinos.

La opinión madrileña de "Almacén de Frutos Literarios, semanario de obras inéditas", referentes a que el texto de la obra de Fray Pedro Simón "estaba escrita en un estilo detestable", es el historiador Demetrio Ramos Pérez quien acertadamente la discute, al decir: "Si la historia de Simón no es una pieza escrita unitaria y si la redacción de la tercera parte está en plena elaboración cuando la primera ya está publicada, es decir, mediando años de uno a otro extremo, fácil será deducir la carencia de conformidad estilística".

Muy importante y útil es la Historia de Padre Simón. Hoy disfruta de la valoración de los estudiosos en Venezuela y Colombia y, lógicamente, en España.

Nuestra Academia Nacional de la Historia edita en 1963 esta conocida obra de Fray Pedro Simón, con un extenso Estudio Preliminar del historiador español Demetrio Ramos Pérez —adentrado en el análisis de la historia colonial venezolana—, quien como vemos antes excusa la "carencia estilística" de Simón. Naturalmente la manera de escribir de Fray Pedro de Aguado es más serena, con mejor estilo y abundosa al destacar los hechos y costumbres colombo-venezolanos con la atracción del paisaje de la geografía captada en su obra. Por supuesto las Historias de Fray Pedro de Aguado y la de Fray Pedro Simón, "se adornan con el mérito de haber servido de cimiento a la historiografía venezolana y colombiana", en el hondón, en la emoción y en la vigilia de estos dos pueblos americanos.

La historia versificada de Juan de Castellanos

En la sevillana Sierra Morena nació esta destacada individualidad de la España culta, cuya vida trasciende con su obra escrita en el acogedor silencio de la clásica Tunja, y significa mucho su andar guiado por la estrella del talento como luminoso en el mar de su aventura. Soldado, gramático, poeta y cronista —como lo califica "el más autorizado intérprete de la vida y obra del autor de las *Elegías*", el erudito escritor venezolano Isaac Pardo—, Juan de Castellanos deja su admirable Historia en verso, titulada "Elegías de Varones Ilustres de Indias".

Cualquier lector desprevenido, no apto para entender la historiografía, podría pensar se trata de glosas o versos sobre conquistadores o fundadores únicamente. Pero no. El Beneficiado de Tunja escribió una hermosa crónica rimada que algunos examinaron con la sombra de la crítica irrazonada. Don Juan Valera dice la verdad sobre los versos de Juan de Castellanos, los cuales según él, "son asombrosos y simpáticos, su facilidad, el candor de su estilo, la frase natural y castiza, y a veces la gracia y el primor con que lo va refiriendo todo en octavas reales o versos endecasílabos".

Isaac Pardo, autor del Estudio Preliminar de "Elegías de Varones Ilustres de Indias", publicadas por nuestra ilustre Academia Nacional de la Historia en 1962, y autor, además, de un maravilloso libro sobre el relevante personaje al cual nos referimos, informa que éste estuvo en Venezuela en 1532 como Tesorero en Cubagua y tuvo una vida agitada hasta su asentamiento en Tunja, donde produjo con "colores plásticos" sus afamadas Elegías.

Monseñor Mario Germán Romero —destacado historiador colombiano—, quien también escribió un ameno libro sobre Castellanos titulado "Aspectos Literarios de la Obra de Don Juan de Castellanos" —publicación del Centro de Historia del Táchira—, estudia en un Capítulo las voces castizas que no figuran en el Diccionario de la Academia de la Lengua, lo cual es una demostración de "la riqueza de vocabulario del beneficiado" y por lo mismo recurre "a arcaísmos, neologismos, americanismos, y cuando es necesario, él mismo acuña con primor los vocablos. Como innovador, rompió con los moldes". Gramático, poeta y cronista como era, y andariego incansable por los litorales, senderos y trochas fragosas de las montañas y valles venezolanos y neogranadinos, pudo conocer y recoger las "Dos mil quinientas voces castizas y bien autorizadas que piden lugar en nuestro léxico", para dejarnos una Historia no fácilmente imitable, escrita con intrepidez de soldado culto, de clérigo baquiano en la observación del paisaje y en la averiguación de los hechos ocurridos en los pueblos, y de poeta no inteligenciado con "la seca prosa", sino con el verso que también es historia cuando el mar, los ríos, las montañas y los valles son hazaña, amor y angustia en la narración de las fatigas y de los sucesos que no encandilaron sus ojos, porque la claridad de su inspiración lo retuvo durante veinte años para entregarnos lo que Eduardo Arroyo Alvarez considera "un extenso poema épico de la Conquista si los hubiese —a los versos— animado ese soplo de inspiración donde radica su poesía". El doctor Isaac Pardo, en el Estudio Preliminar, dice: "En los cuadros costumbristas de la naciente sociedad indianas, frecuentes en las Elegías y por lo general brillantes, Castellanos maneja con gracia el agrídulce de la Picaresca y a ratos se deja arrastrar —nuestro Beneficiado no siempre es pulcro— a los tonos de desgarrada crudeza de las coplas infamantes y otras bajas diatribas versificadas de la época".

Quizá influya mucho la procedencia andaluza del clérigo acodado en la soledad de Tunja y su andar inmerso en las costumbres y modos de actuar de la "sociedad indiana", sacudida por el menestron racial de la mestiza España. En todo caso la crónica rimada de Juan de Castellanos, además de culta y mimetizada con el ambiente americano, es enaltecedora y contiene el espíritu historiográfico de una época sin clasificación y sin conocimiento cierto de los acontecimientos colombo-venezolanos. Por ello su Historia es luz de inteligencia y dedicación.

La Historia de José de Oviedo y Baños

Es interesante la Historia de José de Oviedo y Baños. Su estilo es —lo dice Joaquín Gabaldón Márquez— "de una fluidez y belleza cristalinas". Alguien lo ha llamado "el primer historiador de Venezuela", aun cuando es generalmente

aceptado, y es lo cierto, la prioridad de Fray Pedro de Aguado y Fray Pedro Simón como los auténticos primeros historiadores de Venezuela y de la Nueva Granada.

Oviedo y Baños nació en Bogotá en 1671, se educó en Lima y se radicó muy joven en Caracas, donde murió en 1738. Escribió allí, en la capital venezolana, su "Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela". No incluyó en su Historia a los Andes, pues excepcionalmente nombra a Trujillo por la muerte de García de Paredes en Caracas. La edición Príncipe es publicada en Madrid en 1723. La segunda edición es hecha en Caracas en 1824 en la Imprenta de Domingo Navas Spínola. La Bibliografía consultada —sin hacer mención de la misma y por eso, tal vez, se le ha llamado plagario— como hemos dicho antes, es la historia escrita por el soldado-poeta Ulloa y "Noticias Historiales de Venezuela" por Fray Pedro Simón. Por supuesto la Historia de Oviedo y Baños no debe verse con desinterés sino con mucha atención, por la manera como conceptúa los sucesos y acciones de la época de la Conquista con un estilo claro y de altura. Ofrece perspectivas de singular atracción y no está escrita "con el estilo e inmovilidad de un acta notarial" —como diría Picón Salas—, porque no obstante las fallas del tiempo en que fue redactada, anota su limitada dimensión en el valor histórico y lingüístico de la Provincia de Venezuela. Ahora contamos con textos muy completos de la vida antigua y moderna venezolana, lo cual garantiza el acercamiento a la Venezuela que a veces olvidamos o no queremos conocer.

Oviedo y Baños no cita bibliografía, repetimos. Solamente en el Prólogo de su Historia expresa "la poca cita de autores de que me valgo, esa es la mayor prueba de la verdad que escribo, pues habiéndome gobernado en todo por los instrumentos antiguos que he leído, ya que la prolijidad no me permite el citarlos, aseguro que en su autoridad la certeza de que necesito para los sucesos que me refiero". Esta aseveración, un tanto ambigua, nos hace suponer que efectivamente utilizó la Historia de Fray Pedro Simón para redactar la suya en el siglo XVIII, como afirma Demetrio Ramos Pérez, quien insiste en decir que "sin las Noticias Historiales de Simón, no hubiera sido posible la Historia de Oviedo y Baños". Igualmente utiliza Oviedo —como decimos antes— la crónica desaparecida del soldado-poeta Ulloa.

Se ha tildado abiertamente a Oviedo y Baños de plagario. Sin embargo su obra y su estilo demuestran su calificación de historiador y, desde luego, al no señalar bibliografía, habrá quienes podrán continuar criticándolo. Pero su "Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela", reeditada en la Colección Libros y Revista Bohemia, de Caracas, en 1986, ofrece siempre una importancia singular a los estudiosos de la Historia de Venezuela.

El escritor colombiano Forero Benavides califica a Oviedo y Baños "como mejor historiador que estilista". Nuestro historiador Joaquín Gabaldón Márquez expresa que su estilo tiene "madurez literaria". Es cuestión de valorar esta obra no como expresión puramente literaria sino como historia necesaria al conocimiento de la Venezuela tan olvidada de los Reyes de ultramar siempre "con las espaldas vueltas al Océano.

La Historia de Baralt y Díaz

La Historia escrita por Rafael María Baralt y Ramón Díaz, desde el año de 1797 hasta 1830, fue encomendada en 1840 por el Gobierno presidido por el General José Antonio Páez. La misma debía complementar, como lo dice el erudito Isaac Pardo, la obra geográfica del notable italiano Agustín Codazzi, quien con su "Resumen de la Geografía de Venezuela", en 1841, igual que el sabio alemán Alejandro de Humboldt, de quien dijo Bolívar: "El barón de Humboldt ha hecho más bienes a la América que todos sus Conquistadores" —lo prueba su monumental obra "Viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente", traducida por el sabio venezolano Lisandro Alvarado—, deja un documento de inapreciable valor para la cultura y la ciencia continentales.

Naturalmente la historiografía ha tenido y tiene modificaciones, rectificaciones y adelantos en las últimas décadas de la nacionalidad, porque las modernas metodologías y nuevos aportes documentales requieren adecuarse a la evolución del tiempo y del espacio para la mejor interpretación de la realidad y de la lucidez del presente. Sin embargo la Historia de Baralt y Díaz tiene vigencia referencial y se hace indispensable consultarla por su acercamiento a los sucesos de la Independencia y a la primera tradición de lo acontecido antes de la misma, sin que se pretenda significar imposibilidad de superar lo escrito por el insigne maracaibero Baralt.

Mario Briceño Iragorry habla de la adelantada escuela historiográfica —de la cual formó parte él, esclarecidamente— de Lisandro Alvarado, José Gil Fortoul y Laureano Vallenilla Lanz, con su carácter y estilo personal. Por lo demás, como una necesidad de interés por el estudio de la historia, es en 1946 cuando la Universidad Central de Venezuela crea la Facultad de Humanidades y Educación, con su Departamento de Historia, transformado éste, en 1959, en Escuela de Historia. En tal Facultad quedó la huella humanística del tachirense Horacio Cárdenas. Es porque la preocupación por el estudio de la Historia venezolana no se fundamenta solamente en la necesidad de su conocimiento a fondo, sino en mostrarla viva, perenne en la justeza de su imparcialidad, pues el Estado y los educadores flojos y sin la visión de la identidad, pretenden estar de acuerdo con Hegel, el cual —tal como lo escribe Eduardo Arcila Farías— considera que "América no tenía historia, sobre todo si se entra a estudiarla con prejuicios, o con soberbia. Soberbia de la época o de la propia creencia". Por otra parte el examen de la historia tiene demora en Venezuela. Es Ildefonso Leal quien nos informa que "la Historia de Venezuela no se cursaba, en los tiempos coloniales, ni en las escuelas y colegios ni tampoco en la Universidad. La preocupación por enseñar la Historia Patria comenzó después de la Independencia, empleándose para tal fin la famosa Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela, de José de Oviedo y Baños, publicada en Madrid en 1723". La indiferencia general no podía ser mayor.

Esta admirable Historia de Venezuela la comienza a escribir Rafael María Baralt en 1837 y la edita en París en 1849. Es reeditada en Curazao en 1887 y en

1915 en Maracaibo —inconclusa— según lo dice Pedro Grases. La publica en 1939 la Academia Nacional de la Historia, con un breve bosquejo histórico el cual comprende los años de 1831 hasta 1837. Es editada en París y constituye un aporte especial a la historiografía venezolana y también a la americana, pues se la considera muy importante entre “los libros clásicos de la literatura hispanoamericana”.

Rafael María Baralt nace el 3 de julio de 1810 en Maracaibo y muere en Madrid el 4 de enero de 1860. Tuvo figuración destacada en Venezuela y España. En 1853 la Academia Española de la Lengua lo hace su Individuo de Número para ocupar la vacante dejada por Donoso Cortés y su Discurso de incorporación lo considera Menéndez Pelayo como obra maestra de la literatura española. Su *Historia de Venezuela* es admirada por humanistas, maestros y estudiantes de la Historia venezolana. No puede ser de otra manera la vigencia intelectual del ilustre marabino.

La Historia de José Gil Fortoul

El 30 de noviembre de 1898 el Presidente de la República dicta un Decreto por medio del cual dispone que el Dr. José Gil Fortoul —el más caracterizado de los positivistas venezolanos—, escriba la “Historia Constitucional de Venezuela, desde 1811 hasta nuestros días —o sea hasta finales del siglo XIX— con una completa introducción acerca del movimiento etnológico y sociológico de la Conquista y la Colonia” y, por supuesto, se firma un contrato tal como lo escribe su magistral biógrafo Tomás Polanco Alcántara: Tal Historia debía estar concluida el 31 de octubre de 1899. Sería editada por el Gobierno nacional, el cual satisfaría, como honorarios, la cantidad de Bs. 36.000,00. Lógicamente Gil Fortoul no podía terminar su obra para la fecha prevista, la cual juzga “relativamente corta”. En septiembre de 1900, como lo escribe a su amigo Lisandro Alvarado, tiene terminado el primer volumen. La intención del eximio escritor e historiador José Gil Fortoul, nacido el 29 de noviembre de 1861 en Barquisimeto y muerto el 15 de junio de 1943 en Caracas, es “compendiar sus estudios sociológicos, jurídicos, políticos e históricos sobre Venezuela y ampliar su plan “para darle también cabida a la evolución social, económica, política e intelectual”. Así le escribe a su gran amigo Lisandro Alvarado al final del año 1903, cuando calcula su obra en cuatro volúmenes y cuyo trabajo le resulta “largo y difícil”. Con relación al método utilizado comenta “que desdeña en lo posible la historia militar y procura tenazmente describir y señalar la evolución social y legislativa”. Lamenta que “Las circunstancias determinan que en julio de 1909 el segundo tomo no hubiese empezado a circular”.

La técnica en esta obra —comenta Polanco Alcántara— radica en substituir lo que denomina “modo único de escribir historia que, con espléndido lenguaje y poco respeto a la exactitud, implantaron en Venezuela Rafael María Baralt, Juan Vicente González y Felipe Larrazábal” por el método crítico. Señala además el mismo Gil Fortoul “haber usado el punto de vista filosófico”. El estilo de este

notable historiador es fluido, personal y positivista, pues no debe olvidarse que Gil Fortoul es uno de los fundadores del positivismo en Venezuela con Villavicencio, el tachirenses López Méndez, Ernst, etc. La edición de la "Historia Constitucional de Venezuela" es comenzada en París, Madrid y Barcelona, pero su costo obliga a proseguirla en Berlín.

La segunda edición la revista su autor, pues en el Prefacio de la misma expresa que su Historia tiene "defectos y vacíos" y añade: "Voy a corregirlos y llenarlos. ¿Acertaré? Me asaltan dudas. Primero porque la historia es género extraordinariamente difícil y complejo. Es ciencia y arte, o literatura, a un tiempo". Y con sentido de singular responsabilidad y acierto para respetar la verdad afirma: "la historia no se acaba nunca de escribir". Razona igualmente sobre la actitud del historiador que no debe "ser tribunal, ni juez ni parte" ni sujetarse a las dos escuelas conocidas de decir que "a España se le debe toda la "civilización de las Indias Occidentales" o que en el caso de la segunda escuela "el coloniaje fue solamente dominación sin freno, despotismo ilimitado, oscura tiranía". Para él el historiador debe comentar de otro modo, es decir, "sin prevención contra España, que sería hasta incomparable con el cosmopolitismo a que le ha acostumbrado su género de vida, y sin extremada simpatía tampoco por los aborígenes del país donde nació. La verdad histórica es que, ni los indios eran tan bárbaros, como en muchas partes habían tenido y tenían cuando llegaron los conquistadores "civilizaciones" muy adelantadas, y en algunos pormenores más que los europeos; ni los españoles dejaron de ser sinceros en creer que implantaban acá una cultura en todo superior", o sea, como lo explica el mismo Gil Fortoul— "hubo una influencia recíproca". Tales conceptos o apreciaciones son fundamentalmente ciertos y deben analizarse cuidadosa e imparcialmente al hablar sobre historia o al escribirla. En eso consiste la honradez y la seriedad del historiador: ser ecuanime, justo.

La tercera edición de la "Historia Constitucional de Venezuela" es impresa en los Talleres Gráficos de la casa Jacobo Peuser Ltda., Buenos Aires, República Argentina, en la segunda quincena del mes de diciembre de 1942.

Esta Historia del notable escritor e historiador José Gil Fortoul no pierde vigencia historiográfica. Al contrario, se hace imprescindible cada vez que haya necesidad de examinar y de estudiar directamente el pasado venezolano en su carácter institucional e histórico, pues está escrita con sabiduría y "cultura vastísima" —como diría Caracciolo Parra Pérez— y propósito desapasionado. Es porque el ilustre autor de "Historia Constitucional de Venezuela" —como lo expresa su biógrafo Tomás Polanco Alcántara— es "el historiador que debe mezclar cuidadosamente la imparcialidad en los juicios con la necesidad de apreciar los hechos a través de un criterio científico que permita analizar las causas y efectos que se van operando en la sociedad". Verdad verdadera.

La Historia de Guillermo Morón

La Historia integral de Venezuela, la más moderna y la que nos pone al día con el pasado y la contemporaneidad, la ha escrito un gran historiador actual:

el Dr. Guillermo Morón, el “escritor de todos los años, de ahora y de mañana. Clásico vivo y andante; escritor de clase y para ser leído y comentado en clase”, como lo ve y lo destaca en inconfundible prosa el humanista Luis Beltrán Guerrero. Tal Historia integral hacía falta en nuestro país porque el desconocimiento del proceso histórico venezolano hasta el presente, no podía permanecer en volandas o en trabajos aislados o incompletos y hasta desconocidos. Es por ello por lo que —como lo comenta R. J. Lovera Ricardo al referirse a la obra intelectual de Morón, con más de cien libros publicados— en tan densa Historia “podremos observar cómo la nación venezolana va naciendo en el siglo XVI, luego —con materiales prácticamente inéditos— traza el surgimiento del país. Así logra eliminar nuestro desconocido siglo XVII e iluminar el XVIII —importante en tantos aspectos— sin cuyo análisis difícilmente se puede entender el proceso emancipador”.

Guillermo Morón, nacido en 1926, es uno de los ensayistas e historiadores —ahora también novelista— mayormente conocidos y admirados en Venezuela y en el exterior de nuestra patria, con estudios de filosofía y psicología, ciencias sociales y pedagogía, y también Leyes en las Universidades de Madrid y Salamanca. Posteriormente hace postgrado en Alemania. Su obra es rica con más de un centenar de títulos y varios premios literarios. Le ha sido dado el Premio Honorífico de “Escritor del año”, en 1980, por la Asociación de Escritores de Venezuela.

La Historia de Venezuela escrita por Guillermo Morón es la mejor y la más completa hasta la fecha, pues además de valiosísima comprende la historia de todas las provincias venezolanas y el estudio del acontecer de la presente época y, por lo mismo, nos hace conocer con amplitud y documentación excelentes, la identidad nacional y nacionalista que tanta falta hacía a dirigentes y docentes, así como a estudiantes. Morón hubo de dedicar más de veinte años en escribir esta extraordinaria obra historiográfica, en la cual resalta, con el historiador versado y acucioso, el pedagogo y el filósofo notables. Solamente falta —creemos modestamente nosotros— mayor amplitud en la proyección de la época contemporánea —de la cual tiene Morón un conocimiento exacto— y quizá una pizca de liberalidad al mencionar a algún personaje del hacer político, con sus cargas acaso morbosas pero con repunte influyente a lo largo de su discutible actuación. En todo caso nuestro eminente historiador Morón cumple exitosamente su función de maestro y de intelectual de valía con su Historia, y razona con criterio ponderado acerca de lo tradicionalmente conocido como colonial al exponerlo como provincial, lo cual es una concepción suya avalada por su rigurosa investigación y sus esbeltas ideas.

Al tener y leer esta Historia de Venezuela por Guillermo Morón, la cual lleva dos ediciones, estamos al día en el recorrer historiográfico de nuestra Patria, y fortalecidos en la fe de un pueblo asistido por la pluma de este querido amigo nuestro y calificado historiador que —como lo testimonia Luis Beltrán Guerrero— “Ayer escribió historia del período hispano-decente muletilla legal por aquello de que se acataban aunque no se cumpliesen, de donde fuimos colonia de hecho

y provincia de la Corona de derecho— y hoy escribe la historia de los días que pasan, agarrando al azar, como motivación ocasional, algún trozo de enterrado infolio”.

Es, por lo tanto, insustituible esta Historia de Venezuela por Guillermo Morón en toda Biblioteca, editada por primera vez en 1971 y en cinco volúmenes, en los Talleres de Italgráfica, en la ciudad de Caracas. Guillermo Morón es ahora, muy merecidamente, Director de la Academia Nacional de la Historia.

Concluimos, entonces, afirmando que las Historias de la época colonial, especialmente las de Fray Pedro de Aguado, Fray Pedro Simón y Juan de Castellanos, deben estar en todas las Bibliotecas privadas y públicas, y en las de los educadores venezolanos, junto a las primordiales de Rafael María Baralt, José Gil Fortoul y la que cierra el ciclo de la Colonia, la Independencia y la contemporaneidad, o sea la del historiador por excelencia, Guillermo Morón.